

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . . .	1'00 ptas
Subscripción: España un trimestre . . . . .	1'00 »
» Extranjero » . . . . .	1'50 »

## La lucha de clases

El avance revolucionario del proletariado continúa su marcha incesante. Cuando nuestra actuación sufre algún paréntesis por la violencia de la represión autoritaria, la misma burguesía—claro que inconscientemente—toma a su cargo la tarea de patentizar que la lucha de clases no puede evitarse y ella demuestra que esta lucha obedece a la ley de la necesidad, haciendo su propaganda cuando nosotros no podemos hacerla como en aquellas épocas en que los gobiernos aparecen respetuosos, sino con la libertad, al menos con las leyes.

Es tal la torpeza de las clases *directoras*, que si fuéramos católicos podríamos aplicarles aquello de que «Dios ciega a los que quiere perder».

Con motivo de la arbitraria represión llevada a cabo en el mes de septiembre en que—lo hemos dicho cien veces—nada ocurrió en esta capital, las sociedades económicas, las llamadas—no sabemos por qué—fuerzas vivas, acudieron a visitar a las autoridades felicitándolas por su energía en la represión, tal vez porque los perjudicados por ella pertenecían a la clase trabajadora.

Estas mismas «fuerzas vivas» con ocasión de los ataques a la policía y guardia civil, llevados a cabo por los estudiantes han vuelto a desfilar ante las mismas autoridades para felicitarlas por su blandura contra los estudiantes, a los cuales han presentado toda clase de excusas llegando hasta a formar expediente a un guardia de seguridad, que se había extralimitado contra los escolares.

A tal extremo ha llegado la sumisión de las autoridades que el citado guardia, para librarse del castigo que se le venía encima, tuvo que ir a pedir perdón a los estudiantes y una vez conseguida la clemencia de estos, fácilmente obtuvo la de sus jefes.

Y la burguesía, que tanto teme nuestra propaganda, no se da cuenta de que ella contribuye más que nosotros, a que los trabajadores se fijen en estas indignas comedias y se percaten de que la lucha de clases, pese a la cobardía e indiferencia de los más, existe provocada por aquellos

que siempre nos hablan de la necesidad de armonizar el trabajo con el capital y otras zarandajas por el estilo; por aquellos que nos dicen que hemos de luchar por conquistar el derecho, mientras que indican a las autoridades que sean duras con los obreros y benignas con los explotadores.

¿Cómo se atreven, pues, los que proclaman y practican la ley de clases a pedir que la lucha de clases se humanice, cuando ellos aprovechan toda ocasión para manifestar sus instintos de hiena contra los trabajadores conscientes? ¿No son ellos los que, descubriendo su miseria moral, se han opuesto a que la diputación de Barcelona solicite el indulto por las probables condenas de muerte de los obreros presos por los sucesos de Callera?

En un artículo publicado hace poco decíamos que la burguesía no tenía interés en que se aboliera la ley de jurisdicciones, sino en que no se aplicase a ella ni a sus escritores, y citábamos que ahora levantaban la voz porque había caído en ella Alomar; pues bien; ya ha pasado la tormenta, el proceso del conocido escritor ha quedado sin efecto, y siguen presos y procesados por la nefasta ley infinidad de obreros y escritores de menor cuantía.

Esperemos a que caiga otro ciudadano de primera clase para que la prensa burguesa se acuerde de que existe la citada ley.

La burguesía, en todas sus ramificaciones, practica la ley de clases, mejor diríamos, la ley de castas. Vemos sus privilegios en los procedimientos, en los castigos y hasta en las gracias.

Pertenecer a la clase obrera es para ella pertenecer a otra raza inferior, y sólo nos consideran como elemento necesario para la producción.

Procedamos, pues, en consonancia con este criterio y demostraremos que no somos de la madera del sándalo, que perfuma el hacha que la hierre. Que estas líneas no se interpreten en sentido de lamento, pues las escribimos para que los muchos trabajadores que nos leen sin ser anarquistas, se percaten de que la lucha de clases es una necesidad, y que a ella nos provoca la burguesía.

### A la memoria

de Paul Lafargue y Laura Marx

El doble, original y, digan lo que quieran los rutinarios, hasta simpático suicidio de Paul Lafargue y Laura Marx, que supieron y pudieron vivir unidos y amantes hasta la muerte, ha suscitado mis recuerdos, aquellos recuerdos juveniles que me representan la vivacidad y la alegría de la plenitud de la vida triste teniente comparados con la actualidad.

Conocí al matrimonio suicida en Madrid en 1872. Él, de inteligencia poderosa y varonil y afabilidad femenina; ella, soberanamente hermosa, infundiendo respeto y admiración, tanto por su belleza como por su aspecto de amable superioridad. Encargado por el Consejo federal de la Federación española de la Internacional de redactar un dictamen sobre *La Propiedad*, para ser presentado al Congreso regional de Zaragoza, fui a casa de Lafargue muchas veces, y con su conversación y amable trato aprendí más que con todas mis lecturas anteriores y muchas de las posteriores.

Diría que mi personalidad se fijó allí y entonces, siendo lo que soy, valga lo que valga, formado por aquel filósofo revolucionario.

Lafargue fue mi maestro: su recuerdo es para mí casi tan estimable como el de Fanelli. Se ha dicho de mí que soy pesado, que soy el domine de la lección única; algo así como la destemplada caja de música que sólo produce una sonata. Quizá sea verdad; yo no lo sé; aunque sí aseguro que en ello no hay mal ni daño, porque a nadie defraudo; mas si fuera cierto deberías a que aquel concepto de la propiedad, tan magistralmente expuesto, me pareció de tanta importancia, y vi después tanta inclinación a desviar al proletariado de la vía emancipadora, que me impuse como objetivo de mi vida la protesta contra aquellos de quienes el Código presume que son autores de todas las obras, siembras y plantaciones, y el señalamiento de todo conato de desviación.

¡Ojalá hubiera producido el mismo efecto que a mí la amistad de Lafargue a Paulino o Pablo Iglesias y a Paco Moral! Quizá no andaría el proletariado español tan dividido en anarquistas, socialistas y masa neutra.

Porque en Lafargue había dos diferentes aspectos que le hacían aparecer en constante contradicción: afiliado al socialismo, era anarquista comunista por íntima convicción; pero enemigo de Bakounine, por sugerión de Marx, procuró dañar al anarquismo. Debido a esa manera doble de ser, produjo diferente efecto

en quienes con él se relacionaban: los sencillos se confortaban en sus optimismos; pero los tocados por pasiones deprimentes trocaban la amistad en odio y producían cuestiones personales, excisiones y creaban organismos que por vicio de origen darán siempre fruto amargo. Pasó aquella época; no volví a ver a Lafargue ni con él tuve correspondencia, y quizá nada hubiera escrito sobre este triste asunto si a ello no me hubiera inducido la mención del dictamen hecho por mi amigo Morato, el simpático redactor obrero de *El Heraldillo de Madrid*. En efecto, de aquel dictamen fue Lafargue el autor principal, el que suministró la mayor parte de las ideas, correspondiéndome la parte menor y la forma, porque Lafargue aunque hablaba español, no lo dominaba para poder escribirlo.

El dictamen estuvo en desgracia: dividido a la sazón los directores del movimiento obrero, no fue aprobado en Zaragoza, quedando para el Congreso inmediato. Y en el Congreso de Córdoba fue desechado con mala nota por la inspiración del odio, entre anarquistas esta vez, no por el juicio reflexivo.

Entre mis papeles conservo interesantes notas acerca de este particular, que tal vez pronto verán la luz pública.

Firmaban aquel dictamen Angel Mora, Valentín Sáenz, Inocente Call ja, Paulino Iglesias, José Mesa, Anselmo Lorenzo, Hipólito Pauly, Víctor Pagés y Francisco Mora; pero ésta era la firma oficial, la del Consejo federal; Lafargue, el autor principal, no tenía derecho a firmarle. En cuanto a mi firma, diré que, exceptuando la adopción de la Caja de resistencia, que después he desechado por razones dadas bien públicamente, el sostengo con tesón y hasta con orgullo.

Aquel dictamen hallase en el folleto de *Actas del Congreso de Zaragoza* y en la colección de la *Revista Blanco*; con mención honorífica, por otro suicida insigne. Antero do Quental, fue traducido al portugués y publicado en un periódico obrero cuyo título no recuerdo, y su reproducción se impone, ya que ante la tendencia verdaderamente revolucionario-comunista que se dirige a suprimir el propietario en el régimen del trabajo, hay tantos trabajadores desviados y perdidos en el estéril laberinto del parlamentarismo, el reformismo, la cooperación, la vana cultura y el hambre. Complázcame en unir este recuerdo a las honras tributadas por los trabajadores de París a Paul Lafargue y a Laura Marx ante el horno crematorio del Pere Lachaise.

ANSELMO LORENZO

### Otro punto de vista

Los sucesos que perpetuarán la memoria de este otoño han sido causa de que no se haya fijado la atención de muchos trabajadores en la gran importancia que entraña la conferencia pronunciada en Madrid por Anselmo Lorenzo y que se ha publicado en folleto con el título del *Proletariado Emancipador*.

Es preciso marchar adelante. Lo que no se renueva, envejece, y de auxiliar del progreso puede convertirse en rémora y en instrumento de gobierno, que es como decir de conservación y aun de retroceso.

La Asociación Internacional de Trabajadores luchó con los medios conocidos y apropiados a su tiempo. Sus procedimientos se han ido transformando, a medida de nuevas necesidades, hasta llegar al momento actual, en que los adelantos científicos aplicados a la industria y la nueva táctica burguesa obligan a variar también los métodos de lucha de los trabajadores.

Ha venido a confirmar esta idea el artículo de Rioja comentando en sentido optimista la disolución de las sociedades adheridas a la Confederación Nacional del Trabajo.

Se nos echa de la legalidad. Los capitalistas defienden brutalmente sus injustos privilegios. Disuelven las sociedades; molestan, encarcelan y a veces matan a los trabajadores que más se distinguen, o que la policía escoje a capricho.

Como el soberbio garafón no pudo detener el tren del progreso, las coces de la burguesía no impedirán la revolución emancipadora del proletariado; pero, entretanto, no entreguemos en vano cristianos a las fieras.

Los compañeros rusos cuentan que el pequeño intervalo de relativa libertad que disfrutaron, a raíz de la guerra japonesa, ha sido fatal para los revolucionarios que se apresuraron a entrar en las vías legales. Al recuperar su infame poder la autocracia, los que habían escrito en periódicos legales o hablado en reuniones públicas cayeron sin piedad sobre ellos las iras gubernamentales.

¿Tendremos necesidad de aprovechar esta lección? ¿Hemos de consentir que nos vayan diezmando por causa de nuestra imprudencia? Y sobre todo, ¿ha de ser siempre tan fácil el triunfo de los burgueses en cada huelga o movimiento de solidaridad de los trabajadores?

Es preciso ir pensando en modificar la táctica y la organización a medida de las circunstancias.

La antigua caja de resistencia ha perdido su eficacia. Las asociaciones legales están a punto de perecer a manos de los poderes públicos.

Quizá los luchadores conocidos irán cayendo uno tras otro, y para muchos de ellos puede suceder que ya no haya remedio; pero los jóvenes que han de aportar sus energías y las lozanas de su inteligencia, esos han de hacer las cosas de otro modo.

El mismo Cristo que aconsejaba la sencillez de la paloma, recomendaba también la astucia de la serpiente.

A muchos el llamarse a gritos revolucionarios les ha incapacitado para toda obra de provecho. Unos han tenido que emigrar, otros se ven presos a cada momento, a otros les han hecho la vida imposible y han acabado por retirarse. Así hemos perdido muchos hombres. ¿Podrá pensar alguno que lo que yo digo es aconsejar el miedo y que vale más abandonar la lucha? Quiero decir precisamente todo lo contrario, pues la prudencia es compañera inseparable de la fortaleza, si se trata de hacer algo positivo y duradero.

Por otra parte, la lucha es inevitable, porque muchos hombres infatigables y fuertes ya no se conforman con el papel de simples proveedores y servidores de la mesa del festín perpetuo que celebran los privilegiados. No quieren sufrir hambre, ni frío, ni humillaciones, teniendo ante los ojos el espectáculo irritante del hartazgo de los ociosos y del orgullo necio de los inútiles.

Si hay que derribar, si hay que destruir, si para allanar los caminos de la vida es preciso emplear la violencia, ellos no temblarán, puesto que diariamente les dan ejemplos muy aprovechables los hombres de orden, religiosos y democráticos, que se titulan defensores de la sociedad y que, sin embargo, no vacilan en arrostrar la profecía del fundador de su religión que dijo: «el que a hierro mata a hierro muere».

Los defensores de la organización social que padecemos no temen derramar la sangre proletaria. Morirán de los nuestros muchos todavía; morirán si luchan; también morirán, y de peor manera, si se resignan a la miseria y a la esclavitud. Pero al fin triunfará la justicia y los que a hierro mataron a hierro morirán.

Que haya hombres decididos a triunfar, que no se resignen miserablemente, y con esto basta.

Cambiarán los procedimientos de combate, se escribirán otras palabras en las banderas, pero la lucha continuará, en una u otra forma, en muchas formas a la vez, según las circunstancias y los temperamentos de los luchadores.

Obreros republicanos y socialistas que todavía esperan algo bueno de sus jefes y comités; obreros sindicalistas que confían en sus sociedades; obreros anarquistas; obreros sin adjetivo político ni social, pero que sienten deseos de inmediatas reformas; todos son hermanos

en el sufrimiento y todos forman el gran ejército de los desposeídos, esclavos del salario, víctimas de los privilegios, engañados por las religiones, burlados por la política, explotados por el capital, sacrificados por el Estado.

Son millones de hombres que necesitan que la organización social cambie, que no pueden esperar que la evolución de los mundos determine un progreso social dentro de algunos siglos, sino que quieren mejorar desde luego las condiciones insoportables de su mísera vida.

Este es el ejército de la Internacional. No podrá la burguesía matarlos a todos, ni comprarlos, ni satisfacerlos.

No se trata de que formen un solo partido, ni de que tengan las mismas ideas, sino de que marchen todos al asalto de la fortaleza capitalista, cada cual según sus medios y sus aptitudes, sus aficiones.

¿Es necesaria una organización? Pues pensemos en ella y estudiemos lo que puede ser mejor; pero no la imponamos como un dogma, ni la tengamos por definitiva, porque cada día cambian las circunstancias y son precisos nuevos procedimientos.

En principio todas las tácticas son buenas; lo único censurable es el callar, el no hacer nada, el resignarse y acomodarse con lo actual. En el no luchar está el peligro, porque si luchamos venceremos.

Los militares dicen: «plaza sitiada, plaza tomada.» El capitalismo podrá prolongar por algún tiempo su existencia, pero a medida que sean más irritantes los medios que empleen sus servidores, mayor será el coraje de los asaltantes; que se reclutan ya entre los oprimidos de todos los climas y de todas las razas.

JUAN MIR y MIR

Ferreñas de Mesorca, 2 diciembre 1911.

### El Doctor Queraltó

Cuando nos enteramos, ya hace años, de que en Barcelona había médicos que, constituidos en Academia científica, rezaban padre-nuestros al principio y fin de cada sesión, no sólo recibimos una impresión desagradable, sino que pudimos explicarnos ciertas aberraciones históricas: nos pareció que la ciencia servida con ritual era un absurdo encubridor de propósitos utilitarios, y viendo el otro día al doctor Queraltó en el banquillo de los acusados, comprendimos por qué se rondonó a Sócrates a la cicuta, por qué la Inquisición exigió a Galileo una retractación, y por qué Copérnico escribió, para publicar lo después de su muerte, su Tratado de Astronomía.

Simple fenómeno de asociación de ideas, lógico únicamente para el propio interesado, que tiene la clave de sus sensaciones íntimas.

Si ese equilibrio fisiológico racional que se llama Queraltó hubiera vivido en la antigua Grecia, no se escapaba de la cicuta; y si Sócrates viviera en nuestros días y viera los médicos curanderos de almas que ahora se estilan, de seguro que hubiera hecho algo mercedero de que lo empapalaran cuando menos; y no queremos establecer comparación entre Queraltó y Galileo, porque si aquel comparece ante el Santo Oficio, de fijo lo quemaran sin pronunciar el *e pur si movete*, aficionado como es a ir derecho al bulto sin reservas mentales; ni tampoco hubiera dejado para luego lo que considera necesario exponer con urgencia.

Agradezca Queraltó y la justicia — (la universal, la abstracta, no la otra, la que formula las preocupaciones y los intereses dominantes en artículos) — las declaraciones de ilustres colegas que pueden ganarse la vida sin recurrir a cofradías santeras, que si no, se la carga.

Acusado como calumniador, se le pedían cuatro años y dos meses de presidio. Absuelto del supuesto delito de calumnia, queda sentado que dijo verdad acerca de la obra sanatorio-anímica de los médicos que se prestaron, no a curar a un enfermo, sino a curar un alma, borrando con una operación cruenta el *vicio* la *anarquía* tatuado en un brazo que ostentaba un pobre diablo que, sirviendo sólo para monaguillo, quiso meterse a anarquista.

Acusado además por delito de injuria, querían condenarle a catorce años de destierro, y han condegnado dos; pero eso, que carece de importancia por secundario, no prevalecerá ante un tribunal superior.

Lo importante es que con el fallo absoluto todo queda en su punto: el ex-anarquista ex-tatuado se ve limpio de su tatuaje; la anarquía, libre de un imbecil traductor; los médicos de no recordarnos qué patronato, que han curado un alma, se apuntarán un tanto, y Queraltó, más dispuesto que nunca para ejercer noblemente la terapéutica social.

Y adelante y cuenta nueva; pero mucho ojo, que ciertas gentes tienen el rencor insaciable, indestructible.

### Sinceridades

Sufre nuestra propaganda dos graves y permanentes defectos, que le restan eficacia unas veces y la neutralizan o anulan otras. Manifestémoslas sin ambages y sin temor a las censuras.

Cuando observamos el curso de nuestros ideales e investigamos asiduamente el valor de nuestros esfuerzos en pro de la emancipación humana, adquirimos cada día más la convic-

ción de que el avance de los mismos no se verifica con la sinceridad y perfección de que tanto se blasona. Y es que estamos acostumbrados a pasarnos más de ficciones que de realidades. El espíritu de rutina hace presa de nosotros, destruyéndonos muchas de nuestras obras, aniquilando infinitas voluntades. ¡Cómo no contaminarnos si la humanidad se basa aún en la rutina y en la preocupación ilimitada! Pretendemos ser los destructores de esa preocupación y de esa rutina; bien está, pero no tenemos a veces la sinceridad de afirmar que a menudo nos arrastran aquellos mismos defectos. No es lo peor caer en ellos, lo más terrible es empeñarse en no rectificar. Y estamos tan necesitados de rectificaciones!

En un documento dado, surge un pensamiento, surge una idea; halla ambiente y es adoptada por todos con entusiasmo; pero pasa el tiempo, las cosas se modifican, hay necesidad de una nueva lucha, de un cambio de táctica, se impone otra orientación, y, sin embargo, nos resistimos a abandonar las tácticas y orientaciones primitivas. Poco a poco, sin darnos cuenta de ello, dejamos a un lado todo análisis y aprendemos a recitar correctamente la idea; nos la sabemos de memoria, le juntamos unas cuantas *sentencias* para emplearlas en nuestras conversaciones y en nuestros artículos, para que aparezca con todos sus requisitos, y nos acostamos satisfechos aguardando el momento de la revolución social. Alguien preguntaría: ¿y la renovación, y el perfeccionamiento? Nadie hable de renovaciones ni perfeccionamientos en estos instantes; lo primordial, lo que más interesa, es que todos sepan recitar a maravilla el contenido de la idea, para que la memoria no se debilite. He ahí el único esfuerzo de muchos anarquistas. Y no se dé a esta frase torcida interpretación.

Por encima de todo, parecemos empujados en ocultar una grande y amarga verdad: la incapacidad en que se hallan muchos individuos para emprender nuevos rumbos, para adaptarse a nuevas formas de lucha, para dirigirse constantemente hacia la adquisición de una nueva verdad. Sugestionados por influencias atávicas o desposeídos de la voluntad e inteligencia necesarias para dedicarse a un profundo estudio de la idea, se han formado un inmenso cúmulo de ilusiones acerca de la misma, y su ocupación se limita a dirigirse idílicas alabanzas por su grandiosidad y magnificencia, a glosar su próximo advenimiento, su cercana implantación. Es inútil pretender que dirijan mejor sus miradas hacia la realidad que se compenetren bien del esfuerzo que es necesario ejecutar solamente para propagarla y purificarla de cuanto puede resultar perjudicial y dañino; la realidad les asusta, es demasiado cruda y prosaica para sus cerebros familiarizados con inútiles divagaciones. Allí en su interior, es indudable que reconocerán la fragilidad de algunos de sus optimismos; pero les acomoda mucho más escuchar la gratuita afirmación de una inmediata efectividad de nuestras teorías, que rendirse a la evidencia y abandonando inevitables apasionamientos de la lucha, convencerse del muy largo y penoso camino que aun falta recorrer. La ficción, la aborrecible ficción lo invade todo. Hace mucho tiempo que estamos engañándonos mutuamente creyendo o poniendo toda nuestra confianza en una muy próxima aurora social; y esta parece alejarse tanto más, cuanto más se cifran en ella nuestras esperanzas. ¡Implica esto la negación de la posibilidad de alcanzar tarde o temprano la plena libertad e igualdad para todos los hombres, en participación equitativa en el patrimonio universal? Tal intención está muy lejos de nosotros. De no ser así, resaltarían paradójicos nuestros trabajos en pro del ideal, nuestra firmeza y convicción para continuar laborando en su favor y ennoblecerlo. Sólo está en nuestro ánimo el justo deseo de que el entusiasmo que por él se manifiesta, sea nacido principalmente de un detenido estudio de su filosofía, de su moral, de su justicia; sea, en fin, un entusiasmo consciente, en vez de convertirse generalmente, como ocurre a menudo en la actualidad, en un engañoso fuego de virutas.

El otro defecto, y este es quizás el más sensible, consiste en que cada vez que dentro de nuestro campo se manifiesta un nuevo criterio, se propaga una nueva orientación, surge fatalmente, y sin que hasta ahora haya podido evitarse, una interminable serie de discusiones y rozamientos entre los que sustentan las nuevas apreciaciones y los mantenedores de las primitivas tendencias. ¿Alcanzamos con ello alguna ventaja? Dudémoslo.

Es evidente que una mayor exaltación de la solidaridad entre nosotros, y una más intensa preocupación por la finalidad común, en la que todos convergemos, nos conduciría a resultados más prácticos que los hasta hoy adquiridos y nos estimularía a abandonar para siempre el repugnante trabajo de ocuparnos de rencillas y defectos personales. Porque todos, en mayor o menor grado, sentimos fervientes deseos de una definitiva emancipación; todos tenemos necesidad de llegar a la cumbre de la montaña do mora el ideal. Hay quien trepa por ella con su propio esfuerzo, hay quien necesita el auxilio ajeno. Unos ascienden incesantemente salvando cuantos obstáculos se oponen a su paso; otros, en la creencia de que suben, van descendiendo paulatinamente